

Un infeliz obrero, casi ciego por causa de un hundimiento en un pozo negro, reclamó plaza en un asilo. También pedí su nombre.

En los demás sólo vi reflejada el ansia de ser libres. La vida antigua les llamaba.

El chiquillo tuvo un total temblor; sus brazos se movieron como dos alas apercebidas á volar. Era como un gorrión desentumeciéndose en el interior de la jaula entreabierta.

¿Dónde daría con su vuelo?

Quizá contra los barrotes de la cárcel en que sufre el padre prisión.

De rastrillo adentro.

Mientras la infeliz madre del cura asesino de Valdecantos recorre penosamente las calles de Madrid, regando con sus lágrimas antesalas de Ministerios y palacios, suplicando á los poderes públicos que la permitan postrarse ante ellos, para pedirles, para arrancarles con las voces de su alma y con el llanto de sus ojos la existencia del hijo; mientras esa mujer á quien ha tenido el tiempo la bárbara ocurrencia de hacer vivir setenta y un años para que, ya vieja, en los bordes mismos del sepulcro, mire deshonrado su nombre y estrangulada por el corbatín del garrote una entraña suya; mientras esto ocurre en Madrid, yo, aprovechando mi brevísima estancia en Logroño, he querido visitar al padre Victoriano, el macho, que por desdenes y traiciones de su hembra, la mató con brutalidad salvaje de fiera en celo á quien la resistencia enfurece.

Tres sentenciados á muerte ocupan hoy la cárcel de Logroño. Dije mal. En la cárcel de Logroño está sentenciado á muerte todo el

mundo, desde el alcaide hasta el último ordenanza ; desde el más insignificante ratero, hasta los feroces criminales de Arrubal.

El edificio, antiguo palacio de la Inquisición, que para continuar viviendo y martirizando criaturas ha seguido el ejemplo de sus congéneres humanos y se ha resellado convirtiéndose en cárcel pública, es una ruina con vistas al desplome inmediato.

Quienes, por su oficio ó sus culpas residen dentro de la casa, están en capilla perpetua, aguardando que de un instante á otro suene la hora de su ejecución por aplastamiento.

Bueno que la ley española—ya que sus autores consideran justo castigar una muerte con otra muerte—acogote á los criminales. Lo que no es bueno, ni mediano siquiera, es que, mientras llega el día de suprimir á esos criminales, se les meta en un edificio ruinoso, se les abarrota en una cuadra infecta, donde la luz entra de contrabando y el aire de limosna ; se les alimenta mal y se les muestre á los curiosos por entre hierros, como se hace con los tigres en las casas de fieras.

Ya que la pena de muerte ni corrija ni ejemplarice y sólo constituya un espectáculo repugnante, que antes se verificaba á beneficio del público y al presente se da por convite, guárdense al sentenciado á muerte todas las consi-

deraciones. Al fin y á la postre, es el primer actor.

\*  
\*\*

Pálido, delgado, insignificante, vestido el cuerpo con un pantalón negro y una americanilla gris, cubierta la garganta por un pañuelo de seda obscura y la cabeza por una gorra de ciclista, presentóse el cura á nosotros. Llevaba un libro en la mano derecha ; con él había substituído la navaja barbera á cuyo filo encomendara el desquite brutal de sus celos.

Ni inspiraba el asco que por lo siniestro y repugnante de su aspecto causan algunos delinquentes, ni el horror simpático que los grandes criminales producen. Aquella criatura débil, sumisa, de voz afeminada y andar tímido, sólo traía á los labios una pregunta : ¿Y «esto» ha podido hacer «aquello»?...

El cura asesino de Valdecantos es un hombre vulgar, menos que vulgar todavía ; es un ser imperfecto, un organismo falto de equilibrio, donde el sentido moral se halla en estado de embrión y el juicio en mantillas.

Sus ojos negros y vacilantes, siempre bajos, mirando de reojo con el mirar receloso é hipócrita que se adquiere en los seminarios ; su cráneo pequeño, tan deprimido por delante como abultado por la parte contraria ; su labio

inferior que se descuelga de la enca con lescolgamiento idiotesco y sensual, dan cédula de última clase humana á aquel rostro cubierto de palidez enfermiza, á aquel cuerpo encogido que se irguió impetuosamente una sola vez para matar á una hembra, y ahora vuelve al encogimiento anterior, á la ruin insignificancia que tuvo á bien regalarle la Naturaleza.

Y, cuando terminado el examen del hombre físico, se pasa al examen del hombre intelectual y moral, tropiézase con algo tan mezquino que causa lástima.

Las ideas brotan de su cerebro como las oraciones de su boca, lentas, cortadas, sin sintaxis ni encadenada relación; se ve que iguales esfuerzos le cuesta coordinar las primeras que emitir iladamente las segundas, y si el cerebro del cura es pobre en ideas, más pobre es aún en apreciaciones su conciencia; conciencia de instinto, en la que sólo vibran dos cuerdas con absoluta claridad: su pasión á la muerte y su anhelo de salvar su vida amenazada por la ley.

Cuando habla de Cayetana, del amor que hacia ella sentía, de los recursos que ella utilizaba para avivarlo siempre y no satisfacerlo nunca, sus ojos relampaguean y se dirigen á todas partes como si buscasen el sujeto anhelado; sus labios se fruncen modelando un beso que termina en suspiro y su carne tiembla nerviosa-

mente; cuando refiere cómo Cayetana y su madre se pusieron de acuerdo para arrancarle, con promesas, no cumplidas jamás del todo, sus mezquinos ahorros; cuando relata de qué manera Cayetana, luego de expoliarle, le quiso abandonar y casarse con otro, todos los músculos de su cara se contraen por obra de un gesto sombrío; su cuerpo se recoge disponiéndose al felino salto y sus manos se crispan como si aún buscasen el pescuezo de la hembra infiel y la matadora navaja; cuando trata de su sentencia, no piensa en la infamia recaída sobre su nombre, en lo que, una vez indultado, le espera en el presidio; no nombra á su madre, la infeliz vieja que suplica y llora en la Corte por él; un deseo, uno solo palpita á la vez en todo su organismo, en sus ojos que imploran, en sus labios que balbucean esperanzas, en sus manos que se entrecruzan, en sus piernas que se doblan en actitud de caer de rodillas: el anhelo de escapar á la muerte: un ansia dolorosa de animal joven que quiere vivir.

Alguien ha dicho que por sus estudios, por su educación, por su carácter sacerdotal, el padre Victoriano es más culpable que pudiera serlo otro asesino. Me parece un disparate solemne tal afirmación. El cura de Valdecantos se hizo cura lo mismo que pudo hacerse albeitar; sin inclinaciones místicas, sin vocación, buscando un oficio que le permitiese vivir con relativa

comodidad; en igual forma y por motivos idénticos que él, se hacen curas muchos campesinos.

Acostumbrado al existir libre de la aldea, á la franca satisfacción de sus pasiones moeriles en sembrado y viñas, entró en el seminario de golpe; pasó del ambiente alegre de los campos al sombrío ambiente de la escuela eclesiástica, trocó la chaqueta de paño burdo por la sotana, el azadón por el libro, y vióse precisado á recoger, á disimular hipócritamente, á ir suprimiendo poco á poco la característica de su temperamento, el ansia inmoderada de placeres sexuales.

La bestia gozadora que vivía dentro de su sangre no murió, se agazapó traidoramente entre unos hábitos, se recogió con furia en la prisión que le imponían y salió del seminario con el cura, arañando su cárcel, hambrienta y codiciosa de libertad.

Aquel hombre que, libre de votos religiosos, hubiera sido como otros muchos de su especie, amante feliz, libertino acaso, pero libertino á plena luz, que siente ocasión de gozar y puede pasear su libertinaje con entera franqueza, se encontró obligado á contenerse, á perseguir en la sombra la satisfacción de sus apetitos; un día tropezó con Cayetana, gustó de ella, ella que tal vez si Victoriano no hubiera sido cura hubiese terminado por ser su esposa y por darle

hijos que besar, temió el escándalo que podía producir una entrega completa; excitó, con objeto de explotarle, los apetitos de Victoriano y, al fin, decidió abandonarle y casarse con otro.

El cura sabe esto; la bestia, excitada por las coqueterías (válgales el nombre) de Cayetana, hambrienta, con ese hambre horrible de la pasión que consiste en quedarse á medio comer; enloquecida por el abandono próximo con que le amenazan, decide matar. El padre Victoriano empuña una navaja, recorre, salvando precipicios y peligrosos vericuetos, una distancia de tres leguas, que hace en poco menos de dos horas; encuentra á su amante, ruega, suplica, y al ver que todo es inútil, que va á perderla para siempre, esgrime el arma, y de un tajo, de un solo tajo, en que pone toda la ferocidad de sus celos, rebaña el cuello á la mujer.

Hasta aquí el crimen cometido por el hombre inferior, por el impulsivo, por el ser de instinto, por el degenerado moral; luego viene el afán de ocultarlo, de que nadie sepa que un sacerdote lo ha cometido, de salvar el hábito de la infamia, y por eso acompaña á la muerte y la reza hipócrita responso, y aumenta sus responsabilidades de hombre para cubrir sus responsabilidades de clérigo. Este otro es el crimen del cura.

Si el padre Victoriano no hubiera sido cura

las circunstancias que agravan su crimen hubieran dejado de existir.

Existieron porque junto al hombre que asesina por amor, está el sacerdote que no podía amar.

De ahí los detalles posteriores del crimen; de ahí la sentencia que aflige al padre Victoriano, cuya imagen de ser débil, insignificante, digno de desprecio y de lástima, flota delante de mis ojos y se pierde desvanecida por la imagen angusta de la anciana que llora en Madrid y por el espectáculo del seminario que muestra sus ventanas abiertas y asomados á ellas grupos de jóvenes vigorosos, fuertes, con trazas de campesinos medio educados; jóvenes dispuestos á hacer votos de castidad, sin acordarse de la energía de su sangre y del poderío de sus nervios.

**Rebeca.**

Fué ello á media tarde, por los bajos de la Moncloa, en cálida siesta de este Junio, que verdea los campos y pone en los árboles frutos, en las matas flores y en las criaturas amor.

Mi paseo había sido largo y fatigoso; mi cuerpo anduvo no breve espacio bajo el fuego del sol; bajo otro fuego más quemante que el del cielo juniano, retorcióse durante el paseo mi espíritu.

Al llegar á los bajos de la Moncloa sentí sed, y como Eliazar, el criado de Abraham, mandado por éste á Mesopotamia, para que hallara esposa á Isaac, su hijo, miré á una y otra parte; dejéme caer luego sobre el césped y quedé inmóvil, aguardando que una hija de varón trajese el cántaro de agua á los alcances de mi boca.

Era yo todo Biblia en aquel momento. Si no como Eliazar, ocupado en la ingrata labor de buscar esposa para otro, ocupábame en idealizar á todo ensueño los ecos nupciales que me enviaba la enflorada primavera.

Súbito sonaron pasos á mi espalda. El poema bíblico seguía realizándose ante mis ojos por méritos de una mozueta que, con los pies descalzos y un cántaro de agua apoyado en una de sus caderas juveniles, avanzaba hacia mí.

Eran de bíblica figura las líneas todas de su imagen: la cara entrelarga, el tronco esbelto, finos los remates de sus piernas y el contorno de sus desnudos brazos.

Morena clara era la color de su rostro; de bronce sin lustrar sus cabellos, abiertos en dos mitades sobre la cabeza y caídos contra la nuca en suavísimas ondas.

En el rostro aparecían dos ojos grandes, almendrados. Tenían verde acero el matiz, dulce y soñadora la expresión.

Su nariz recta y un si no es ensanchada junto á las fosas, endoselaba una boca grande de labios clavellinos; la barba, apuntada, se desvanecía en curvas sedosas contra un cuello flexible.

Un pañuelo rojo se abría sobre blanquísima chambra de recogidas mangas, y una falda corta, salpicada con florecillas inclasificables, llegábala á la media pierna, dejando en descubierto carnes juveniles que sol, aire y lluvia tostaron.

Andaba con pereza que no excluía lo gentil; su brazo derecho sostenía el cantaruelo rezu-

moso; el izquierdo brazo desmayaba lánguido, rebelde á la acción.

Decir podría yo, parodiando al siervo de Abraham, que «la moza era de muy hermoso aspecto», y agregar, tal vez más seguro que Eliazar—la mozueta contaría doce años—«que era virgen, á la que varón no había conocido».

Entonces me levanté, fui hacia ella y le dije recordando el versículo: «Ruégote que me des á beber un poco de agua de tu cántaro.»

Ella repuso: «Tome y beba, señor.»

Y volcando el cántaro sobre un vaso, me ofreció de beber.

Tal—fuera parte el vaso—hizo con Eliazar, Rebeca, hija de Milca.

Para esposa de Isaac, hijo de Abraham, el venturoso patriarca, escogió el destino á Rebeca. Allá, en las tierras conquistadas por el pastor guerrero, sería ella feliz, rica, bendita del Señor, madre de hijos, sin privaciones ni miserias. Todas las felicidades iban á derramarse sobre la virgen portadora de agua que describe el poema genésico.

¿Qué guarda el destino para la Rebeca aparecida á mí, con el cántaro de agua sobre la cintura, en los bajos de la Moncloa?

De hogar rico no llegaba la moza. Decíanlo muy á las claras su humilde trajeo y sus pies descalzos. Las Rebecas de buena posición van



calzadas y con institutriz, en los tiempos actuales.

Miserable, mejor que humilde, debía ser el hogar de la encantadora mozuela. De él salía para disfrazar con vasos de agua el mendigüeo.

Sola iba por los bajos de la Moncloa. No acudiría á ellos, al objeto de desposar á la muchacha con un príncipe, ningún mensajero, más ó menos patriarcal.

Cuando la hora del amor sonase para la moza del cantarillo rezumoso, sonaría en aquellas arboledas, casi sin prámbulo. Un golfo cualquiera, uno de esos salvajes de la civilización que merodean por los alrededores de las grandes ciudades, se aproximaría á la Rebeca de almendrados y verdes ojos; ella y él se conocerían, sin que ningún Eliazar preparase el conocimiento.

¿Los hijos?... ¡Bah! Para este problema de los hijos tenemos adelantado mucho. Los patriarcas no inventaron el torno de la Inclusa.

Así pensaba yo mientras apuraba lentamente el vaso que la muchacha me ofreciera.

Devolví el vaso y entregué á Rebeca diez céntimos.

Los tiempos son así.

Eliazar paga el agua que bebe.

Rebeca necesita vender el agua para comprar el pan.

La última trinchera.

Esa mendiga asesinada brutalmente entre las sombras de la noche sobre el escalón de un portal; ese crimen que tiene por víctima á una infeliz mujer que ni era guapa, ni rica, ni joven, que no poseía goces que brindar ni caudales que repartir, me preocupa desde que la Prensa lo trasladó á los galerines de *Sucesos*.

¿Quién la habrá matado? ¿Por qué la habrán matado?—me pregunto.

Informaciones periodísticas y averiguaciones judiciales me dejan sin respuesta. Nadie sabe nada; nadie describe nada. La vieja ha ido á la fosa común con un tremendo cuchillazo entre la cuarta y quinta costilla; los curiales siguen emborrionando papel de oficio y los Jirios buscando para sus lectores sucesos nuevos, «cosas» nuevas.

—¿Quién habrá matado á la vieja? ¿Por qué?—continúo preguntándome yo.

Sólo hay un indicio. Parece que la víctima disputaba noches atrás con un mendigo junto al escalón donde se ha perpetrado el crimen.

¿Por qué era la disputa? Según quienes declaran, porque la vieja se negaba á ceder el escalón que le servía de lecho y el mendigo lo quería ocupar.

¿Sería por eso? ¿Sería por la posesión de unos centímetros de piedra que la miseria volvió cama, por lo que el mendigo indescubierto metió la punta del cuchillo en los pulmones de la anciana? ¿Merecía tan ruin asilo resistencia por parte de la una y ferocidades por la del otro?

—¿Eso?... ¿Por eso?... ¿Cómo va á ser por eso?—dirán, si no meditan previamente, los que poseen un hogar y una cama—. Eso no merece la pena.

Y, sin embargo, tal vez sea *eso* la razón sola á justificar el asesinato de una mujer, que por sus años no podía inspirar deseos y por su miseria, no podía inspirar codicias.

Casi, casi me atrevo á reproducir los hechos anteriores á la escena y la escena misma.

La anciana, tras mucho rodar por el mundo, vino á ese triste período en que todo falta menos hambre y arrugas. Ni tenía cama donde dormir, ni techo bajo el cual cobijarse, ni ropa que poner sobre el cuerpo, ni comida que dar al estómago.

No los tenía y salió por esas calles extendiendo la mano, encomendando á la caridad su vestuario y su olla, declarando hogar suyo y

cama, también suya, aquel quicio, más hondo que otros quicios tal vez; aquel escalón, más ancho tal vez que otros escalones.

Allí se amparaba—valga por amparo—contra el frío y la lluvia cuando los avances de la noche hacían inútil ya su pordioseo; sobre el ancho escalón rebujaba su cuerpo y dejaba caer la cabeza, para que el sueño ofreciese treguas á su desamparo y su angustia.

Ellos, el escalón y el quicio, eran su casa, el refugio dado por la casualidad y por la miseria á su inútil vejez.

Ultima trinchera de su abandono y de su penuria fueron el escalón y el quicio. Con ellos contaba para resguardarse del agua y del cierzo, de las escarchas y las nieves durante las noches invernales, esas noches largas y tristes que hielan la palabra en la boca y las esperanzas en el corazón.

Una de las pasadas noches, por azar, porque la colecta de su mendigüeo le permitió el lujo de dormir en cama de veras, la vieja faltó á su domicilio; un mendigo, un macho cualquiera de los que el trabajo escupe por débiles y el presidio por torpes ó desmusculados, llegó á la calle, vió el quicio hondo, el escalón alto, y dijo:

—Aquí me tumbo. De hoy para en adelante será esta mi habitación de invierno.

Volvió la vieja á la otra noche y tomó pose-

sión de su domicilio. Después vino el mendigo incógnito. La gente oyó que disputaban por quién tenía derecho á ocupar el sitio.

¿Qué ocurrió más tarde? La calle, silenciosa y oscura; las dos miserias contemplándose frente á frente, disputándose á brazo partido aquella última trinchera de su miserable existir, si buena para uno, demasiado angosta para dos. Luego la fuerza del macho triunfando, imponiéndose con la brutalidad de la fiera que busca su cubil; el cuchillo brillando un instante á los reflejos amarillentos de cualquier farol, subiendo hacia arriba, desplomándose rápidamente sobre la espalda de la anciana, hundiéndose en su carne, agujereando sus pulmones... Y la vieja caída de bruces contra el escalón y el asesino perdiéndose entre las neguras de la noche.

¿Pudo ser eso? ¿Pudo ser por *eso*?

Probablemente, casi seguramente.

Horrible, bárbaro, es que se llegue á asesinar por *eso*. Pero es más horrible, más bárbaro aún, que la miseria y el desamparo conviertan á los hombres en tigres y los hagan asesinar por *eso*.

Aire y luz.

Un hombre ha muerto víctima del tifus en una casa de la calle de Carretas. El cuarto donde ese hombre dormía era dormitorio de siete hombres más.

La epidemia resulta en esta ocasión misericordiosa. De ocho hombres que la miseria y la codicia le regalan se conforma con clavar las garras en uno.

¡Ocho hombres en una habitación que tendrá dos metros en cuadro y un tragaluz para que entre el aire! ¡Ocho hombres durmiendo en espacio tan reducido, corrompiendo la atmósfera con sus espiraciones, disfrutando homeopáticamente el oxígeno durante el sueño, como disfrutarán homeopáticamente durante la vigilia el pan y la felicidad!...

¡Y á estos seres se les cedula de hombres!  
¡Y al vivir de estos seres se les llama vivir humano!... ¡Vivir humano!... Los carneros, hacinados en el entrepuente de los buques de carga, viven mucho mejor. Al menos respiran todo el aire que necesitan sus pulmones.

Sin embargo, los ocho huéspedes de la calle de Carretas son favorecidos de la suerte si su existencia y su habitación se comparan con otras existencias y otras habitaciones que se consumen y cobran en Madrid.

La gente rica que se pasea en coche por la Castellana y por el Retiro; la que tiene abono en el Real y en el Español; dinero en el Banco y viviendas suntuosas en calles anchas, sólo conoce su Madrid, apenas si casualmente pasa por el otro, el de las calles angostas y los edificios ruinosos y las habitaciones agoteradas, habitaciones húmedas, donde la olla espumea junto á la letrina y la letrina es único esenciario.

Pues en Madrid, en el Madrid para viajeros y potentados que durante las fiestas de toros y las carreras de caballos engalana sus hermosas vías con el ir y venir de carruajes lujosos y de multitudes alegres, en este Madrid oficial que tiene calles anchas para que los consejeros de la Corona vayan de un Ministerio á otro y los reyes acudan sin apreturas á salves y desfiles, hay otro Madrid infecto, miserable, antihumano, que rebordea el Madrid elegante, como una costra, guardadora de pus, el satinado de una piel joven.

Esa costra se halla constituída por barriadas enteras, dentro de las cuales ni los administradores particulares de las casas, ni los adminis-

tradores oficiales de la población, se cuidan de la higiene, de la estabilidad y del cumplimiento de las municipales ordenanzas.

¡Qué importa eso! Lo importante es construir zahurdas donde quepa la mayor cantidad de gente posible.

Un terreno, el más pequeño que pueda encontrarse, sin peligro inmediato de la edificación, basta á tan modestísimos menesteres.

Luego, á poner un piso encima de otro, á embutir unas en otras habitaciones, á utilizar todos los huecos, no para los derechos de ventilación, para los derechos de inquilinato, á ir embaulando dentro de aquella jaula familias y familias, que en invierno se hielan con la delgadez de los tabiques y en estío duermen en mitad del arroyo para no volverse tostones.

A cientos existen en Madrid tales casas; negras, sombrías, ruinosas por fuera, pestilentes é inhospitalarias por dentro; estrechas, muy estrechas, y altas, muy altas, constituyen un verdadero prodigio de equilibrio y suben tristemente hacia arriba en busca de la atmósfera azul, como si quisiesen pedir al cielo la caridad que niegan á sus inquilinos, los hombres.

Son estos edificios nidos de miseria donde la penuria paga estipendio á la codicia, la muerte impone vasallaje al desamparo, la peste cobra tributo á la desvalidez y el hambre alcahuitea al crimen.

¿A qué viene extrañarse de que el tifus, el cólera, la viruela, una epidemia de cualquier índole haga estragos y siegue vidas en las grandes ciudades, cuando la codicia de unos hombres pueda estafar á otros hombres, hermanos suyos, el aire, el alimento, el terreno y la luz que la Naturaleza regaló por igual á todos?

En tanto que la codicia humana y que el egoísmo social permitan construir junto á poblaciones donde el lujo se desperece al aire y al sol, poblaciones donde la miseria se encoja entre la humedad y la sombra, la peste no será castigo, enviado contra los hombres por un Dios justiciero, será crimen cometido, en hombres desamparados, por hombres injustos.

¡Aire! ¡Luz! ¿A qué menos puede tener derecho la criatura racional?

¿Es que no pueden haber aire y luz bastantes á todos los humanos?

Así pensaba yo andando por los campos oxigenados y verdes que, desde los arranques de la Moncloa, hasta el Real Sitio, esmaltan el camino del Pardo.

¡Hermosos campos que los pájaros armonizan, saltando libremente de árbol en árbol, para construir en las ramas sus nidos; interminables prados que vacas y corderos usufructúan con libre pacer; alegres boscajes que los animales del monte rumian y roen con absoluta

tranquilidad, cuando las reales personas descansan de sus placeres cinegéticos!...

Una franja de cien metros, cedida por el Estado y por la real casa á lo largo de estos terrenos, bastaría á edificar una población, en la cual las casas de los pobres no se apretujarían y se estirarían hacia lo alto como brazos descarnados que piden justicia, sino que se extenderían á lo largo de la fértil llanura, rodeadas de árboles, besadas por el sol, acariciadas por el aire, sanas y limpias, como nidos de hombres, no tenebrosas y mal olientes, como guaridas de alimañas.

Pensaba en esto, acordándome del hombre, víctima del tifus, que dormía, con siete hombres más, en una habitación de dos metros en cuadro.

Pensaba en esto, y pensaba que para ceder una franja de cien metros en la carretera del Pardo, ni el Estado tendría que dejar sin hierba á las vacas de la Moncloa, ni las personas reales tendrían que prescindir de sus placeres cinegéticos.